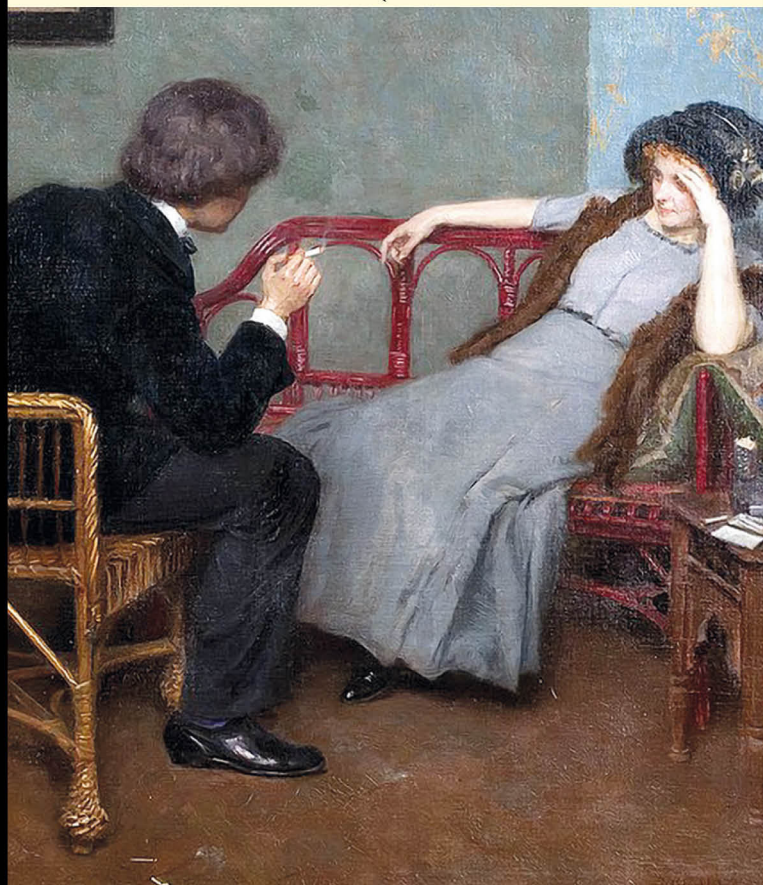


D. H. LAWRENCE

*A propósito de Lady Chatterley*

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



La justificación del autor  
del libro escándalo  
INÉDITO EN ESPAÑOL



A propósito de Lady Chatterley

D. H. Lawrence

A propósito  
de Lady Chatterley



Traducción y postfacio  
de Javier Ruiz Martín



Primera edición: marzo de 2023

Títulos originales: *A propos of "Lady Chatterley's Lover"*, 1929  
*Pornography and Obscenity*, 1929

© de la traducción y del postfacio: Javier Ruiz Martín, 2023

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023  
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: DNF

ISBN: 978-84-126587-4-3  
Depósito Legal: M-3701-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta:  
Simon Glücklich, *Paar im Gespräch*, 1880-1890

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# A propósito de Lady Chatterley

A propósito  
de «El amante de Lady Chatterley»



Debido a la existencia de varias ediciones piratas de *El amante de Lady Chatterley*, en 1929 decidí publicar una edición popular barata, hecha en Francia y ofrecida al público por sesenta francos, con la esperanza de satisfacer al menos la demanda europea. Los piratas, desde luego los de Estados Unidos, no se hicieron esperar: la primera edición pirateada se vendía en Nueva York casi un mes después de la llegada a América de los primeros ejemplares auténticos procedentes de Florencia. Era un facsímil del original, obtenido por el método fotográfico, y se vendía al público, que ignoraba todo esto, incluso por parte de librerías de confianza, como si fuese la primera edición original. El precio era, por lo general, de quince dólares, mientras que el del original era de diez, y el comprador ignoraba por completo el fraude.

Este osado intento se vio seguido de otros. Ha llegado a mi conocimiento que se hizo otra edición facsímil en Nueva York o Filadelfia. Y yo mismo poseo un libro, de aspecto infame, encuadernado en una tela de color naranja pálido, con una desleída etiqueta verde fotografiada, y que recoge mi firma falsificada por el benjamín de la familia pirata. Cuando esta edición apareció en Londres, hacia finales de 1928, procedente de Nueva York y ofrecida al público a treinta chelines, saqué en Florencia mi pequeña segunda edición, de doscientos ejemplares, y la vendí por una guinea. Habría querido retenerla durante un año o más, pero tuve que lanzarla para hacer frente al infame pirata naranja. Sin embargo, la tirada resultó ser demasiado corta. El pirata naranja siguió a lo suyo.

Luego también tuve en mano un volumen muy tétrico, alargado y encuadernado en negro, que parecía una Biblia o un extenso y lúgubre himnario. Esta vez, el objeto pirata no solo era sobrio, sino que no engaña a nadie. El ejemplar no tiene una, sino dos portadas, y en cada una de ellas hay una viñeta en la que aparece el Águila Americana, con seis estrellas alrededor de la testa y unos rayos que salen de las garras, todo ello rodeado por una corona de laurel, en honor a su última hazaña en el ámbito del robo literario. El volumen en sí resulta siniestro, como el capitán Kidd, con su cara ennegrecida,

leyendo un sermón a los que están a punto de caminar por la tabla.<sup>1</sup> No sé por qué, el pirata alargó la página añadiendo un falso encabezamiento. El efecto es especialmente deprimente, de una altura intelectual siniestra. Porque, por supuesto, este libro también fue reproducido por medios fotográficos. De cualquier manera, la firma se omite. Y me han dicho que ese lúgubre tomo se vende por diez, veinte, treinta y hasta cincuenta dólares, según el capricho del librero y la ingenuidad del comprador.

Ya van pues tres ediciones piratas en Estados Unidos. Me ha llegado información de una cuarta, otro facsímil del original. Pero, como no la he visto, no tengo por qué creerlo.

Existe, sin embargo, la edición pirata europea de mil quinientos ejemplares, producida por una empresa de libreros de París, y con el sello *Imprimé en Allemagne*: Impreso en Alemania. Que la hicieran o no en Alemania, lo cierto es que se imprimió, y no fue fotografiada, pues se han corregido algunos errores ortográficos del original. Y se trata de un volumen más que respetable, réplica muy fiel del original, aunque carece de firma y se reconoce también por el borde de seda verde y amarilla del fresado en

---

1. El capitán William Kidd (1655-1701). Una serie de novelistas se inspiraron en las hazañas del pirata, como James Fenimore Cooper, Edgar Allan Poe, además de Robert Louis Stevenson con *La isla del tesoro*.

la encuadernación. Esta edición se vende al librero por cien francos, y se ofrece al público por trescientos, cuatrocientos, quinientos francos. Se dice que libreros muy poco escrupulosos han falsificado la firma y venden el libro como si fuera la edición original firmada. Esperemos que no sea cierto. Pues todo esto suena muy mal para el «negocio». A pesar de todo, hay alguna esperanza. Ciertos libreros se niegan en redondo a vender la edición pirata. Se lo impiden tanto escrúpulos sentimentales como comerciales. Otros la venden, pero sin demasiado entusiasmo. Y, a lo que parece, todos preferirían la edición autorizada. Es decir, que la sensación es realmente contraria a los piratas, aunque no sea lo bastante fuerte como para impedirles del todo sus actividades.

Ni una sola de estas ediciones piratas ha recibido ningún tipo de autorización por mi parte, y de ninguna de ellas he recibido un solo penique. Sin embargo, un librero de Nueva York un poco arrepentido me envió unos dólares, que eran, según me dijo, mi diez por ciento de beneficios por todos los ejemplares vendidos en su tienda. «Sé —me escribió— que no es más que una gota de agua de un cubo entero». Se refería, por supuesto, a una gota fuera del cubo. Y puesto que, para ser una sola gota, no dejaba de representar una bonita suma, ¡qué hermoso cubo debió de haber sido para los piratas!

Recibí una oferta tardía de los piratas europeos, que se toparon con la inflexibilidad de los libreros, ofreciéndome, si autorizaba su edición, un beneficio por todos los ejemplares vendidos, tanto en el pasado como en el futuro. Bueno, pensé para mí, en un mundo donde, si no lo haces, otro lo hará por ti, ¿por qué no? Sin embargo, llegado el momento, el orgullo se rebeló. Es sabido que Judas siempre está listo para dar un beso. ¡Pero que yo tuviera que devolvérselo...!

Así, conseguí que se publicara la pequeña y barata edición francesa, fotografiada a partir del original, y ofrecida por sesenta francos. Los editores ingleses me instan a hacer una edición expurgada, prometiéndome grandes beneficios, tal vez incluso un pequeño cubo, uno de esos cubitos con los que juegan los niños junto al mar, e insistiéndome en que debería demostrar al público que hay ahí una excelente novela, y que no solo es «subida de tono» y está llena de ciertas «palabras». Así que empiezo a sentirme tentado y me pongo a expurgar. Pero resulta imposible. Es como si intentara cortarme la nariz con unas tijeras. El libro sangra.

Y, a pesar de tanta oposición, presento esta novela como un libro honesto, sano, necesario para nosotros hoy en día. Las palabras que tanto escandalizan al principio, dejan de hacerlo pasado un tiempo. ¿Será porque la mente se deprava con la



costumbre? En absoluto. Se debe a que las palabras solo conmocionan la mirada, pero nunca la inteligencia. La gente sin inteligencia puede seguir escandalizándose, da igual. Las personas inteligentes se dan cuenta de que no están escandalizadas, y de que nunca lo estuvieron, y experimentan una sensación de alivio.

Y es que de eso se trata. Hoy, como seres humanos, hemos evolucionado y nos hemos cultivado, mucho más allá de los tabúes inherentes a nuestra cultura. Es muy importante darse cuenta de ello. Probablemente, para los cruzados, las meras palabras eran potentes y evocadoras hasta un punto que nosotros no alcanzamos a comprender. El poder evocador de las llamadas palabras obscenas debió de ser muy peligroso para las naturalezas con pocas luces, oscuras y violentas de la Edad Media, y quizá ello siga siendo demasiado poderoso para las naturalezas inferiores, torpes y mediocres actuales. Pero la verdadera cultura nos hace dar la palabra solo a aquellas interpretaciones mentales e imaginativas que pertenecen a la inteligencia, y nos preserva de reacciones físicas violentas e indiscriminadas que pueden arruinar la moral social. En el pasado, el hombre era demasiado simple de mente, o burdo, a la hora de observar su propio cuerpo y sus funciones como para enredarse en unas reacciones físicas que lo superaban. Ahora

ya no es así. La cultura y la civilización nos han enseñado a distinguir entre las reacciones. Ahora sabemos que el acto no sigue necesariamente al pensamiento. De hecho, pensamiento y acción, palabra y obra, son dos formas separadas de conciencia, dos vidas autónomas que tenemos. Necesitamos, sinceramente, mantener una conexión entre ambas. Pues mientras pensamos, no actuamos, y mientras actuamos, no pensamos. La gran necesidad es que actuemos de acuerdo con nuestros pensamientos, y pensemos de acuerdo con nuestros actos. Pero, mientras pensamos, no podemos realmente actuar, y mientras actuamos, en verdad no podemos pensar. Las dos condiciones, pensamiento y acción, se excluyen mutuamente. Sin embargo, deberían estar en armonía.

Y este es el verdadero objetivo del libro. Quiero que tanto hombres como mujeres sean capaces de pensar en el sexo de forma plena, completa, honesta y limpia.

Incluso si no podemos actuar sexualmente a nuestra entera satisfacción, al menos pensemos sexualmente de un modo completo y lúcido. Todo esto de las jovencitas y la virginidad, como una hoja en blanco en la que no hay nada escrito, es un puro sinsentido. Una chica joven y un chico joven son un atormentado galimatías, una confusión hirviente de sentimientos y pensamientos sexuales

que solo los años irán aclarando. Años de pensamientos honestos sobre el sexo, y años de acciones de lucha sobre el sexo nos llevarán, por fin, adonde queremos llegar, a nuestra castidad real y consumada, a nuestra plenitud, cuando nuestro acto sexual y nuestro pensamiento sexual estén en armonía, y el uno no interfiera en el otro.

Nada más lejos de mi intención sugerir que todas las mujeres deben perseguir a los guardabosques y convertirlos en sus amantes. Nada más lejos de mi intención sugerir que deberían correr detrás de nadie. Hoy en día, muchos hombres y mujeres son más felices cuando se abstienen y se mantienen sexualmente separados, y bastante decentes; y, al mismo tiempo, cuando comprenden y entienden el sexo más plenamente. Nuestra época es la de la comprensión, más que la de la acción. Ha habido demasiada acción en el pasado, especialmente de tipo sexual; una acción repetida hasta el aburrimiento una y otra vez, sin un pensamiento o una comprensión correspondientes. Ahora lo que nos incumbe es comprender el sexo. Hoy, la plena comprensión consciente del sexo es incluso más importante que el acto en sí. Tras siglos de ofuscación, la mente exige conocer, y hacerlo plenamente. En realidad, el cuerpo está bastante desentrenado. Hoy, cuando la gente practica el sexo, la mitad del tiempo está actuando. Lo hacen porque creen que

es lo que se espera de ellos. Cuando en realidad es la mente la que participa, y el cuerpo tiene que ser estimulado. La razón de ello estriba en que nuestros antepasados practicaron el sexo tan a menudo sin pensarlo, ni ser conscientes de ello, que ahora el acto tiende a ser mecánico, aburrido y decepcionante, y solo una nueva comprensión mental refrescará la experiencia.

La mente tiene que actualizarse en lo referido al sexo y, de hecho, a todos los actos físicos. Y es que nos quedamos rezagados en nuestro pensamiento sexual, en una zona de penumbra, sumidos en un miedo acechante y vil que pertenece a nuestros brutales y bestiales ancestros. En el aspecto sexual y físico, hemos dejado a la mente sin evolucionar. Ahora tenemos que ponernos al día y lograr un equilibrio entre la conciencia de las sensaciones y las experiencias del cuerpo, y entre las sensaciones y experiencias en sí mismas. Entre la conciencia del acto y el acto mismo. Conseguir que ambos coexistan en armonía. Ello significa tener el debido respeto por el sexo, y la debida admiración por la extraña experiencia del cuerpo. Significa ser capaces de usar las llamadas palabras obscenas, porque son una parte natural de la conciencia mental del cuerpo. La obscenidad solo aparece cuando la mente desprecia y teme al cuerpo, y el cuerpo odia y se resiste a la mente.

Cuando leemos el caso del coronel Barker, vemos cuál es el problema. El coronel Barker<sup>2</sup> era una mujer que se hacía pasar por hombre. El «coronel» se casó con una mujer, y vivió cinco años con ella, en plena «felicidad conyugal». Y la pobre esposa pensó todo el tiempo que estaba casada, normal y felizmente, con un marido de verdad. La revelación final va más allá de cualquier pensamiento cruel para con la pobre mujer. La situación es terrible. Sin embargo, hoy en día, hay miles de mujeres que podrían ser engañadas de esa manera, y, de hecho, siguen siendo engañadas. ¿Por qué? Porque no saben nada, son incapaces de pensar sexualmente. Y en este sentido son estúpidas. Sería pues deseable dar a todas las chicas de diecisiete años este libro.

Lo mismo ocurre con el caso de aquel venerable maestro de escuela y clérigo, durante años profundamente «santo y bueno»: a la edad de sesenta y cinco años ha sido juzgado en los tribunales penales por abusar de niñas. Y esto sucede en el momento en que el ministro de Interior, que también está envejeciendo, exige e impone a gritos un melindroso silencio sobre todos los asuntos sexuales. ¿Acaso no

---

2. Victor Barker, nacido Lillias Irma Valerie Barker (1895-1960) y llamado Valerie Arkell-Smith después de su polémico matrimonio, fue un hombre transgénero conocido por haberse casado con una mujer en 1923. Fue miembro del grupúsculo inglés *National Fascisti*. Lo condenaron y encarcelaron por perjurio y robo.

le hace reflexionar la experiencia de ese otro anciano caballero, tan recto y «puro»?

Pero así es. La mente padece un ancestral miedo al cuerpo y a sus potencias. Es la mente lo que tenemos que liberar y civilizar en estas cuestiones. El terror de la mente hacia el cuerpo probablemente haya vuelto locos a más hombres de los que se puedan contar. La locura de una gran mente como la de Swift es, al menos en parte, atribuible a esa causa. En el poema a su amante Celia, que contiene el enloquecido verso: «¡Oh! ¡Celia, Celia, Celia c\*\*a!»<sup>3</sup> (el verbo rima con traga), vemos lo que puede ocurrirle a una gran mente cuando entra en pánico. Un gran ingenio como Swift no podía ver cuán en ridículo se ponía a sí mismo. ¿Por supuesto

---

3. Verso final de la estrofa del poema de Johnatan Swift *The Lady's Dressing Room* (*El vestidor de la dama*, 1732): *Thus finishing his grand Survey, / Disgusted Strephon stole away / Repeating in his amorous Fits, / Oh! Celia, Celia, Celia shits!*, es decir: «Y así, acabando su gran inspección, / el disgustado Strephon se escabulló / repitiendo en su amorosa emoción / ¡Oh! ¡Celia, Celia, Celia caga!». En efecto, el poema narra la desventura de Strephon mientras mete las narices en el vestidor vacío de la mujer a la que ama. Comenzando con una imagen ideal de su amada, mira el contenido de su habitación, pero solo encuentra objetos que le repugnan. Al contemplar tal miseria, que culmina con el descubrimiento de su orinal, le abofetea la realidad de que Celia (el nombre «Celia» significa «celestial») no es una «diosa», sino un ser humano tan vulgar como él. Y de ahí la razón del célebre verso escatológico.